



DECLARACIÓN DEL SECRETARIO GENERAL CON OCASIÓN DE LA MUERTE DE SERGIO VIEIRA DE MELLO

Bogotá, 19 de agosto de 2003

La pérdida de Sergio Vieira de Mello es un golpe para las Naciones Unidas y para mí personalmente.

La muerte de cualquier colega es difícil de soportar, pero de nadie nos resultaría más difícil desprendernos ni a nadie echaríamos más de menos, dentro del Sistema de las Naciones Unidas que a Sergio.

Durante toda su carrera fue un servidor sobresaliente de la humanidad, dedicado a aliviar el sufrimiento de sus prójimos, ayudándoles a resolver sus conflictos y a reconstruir sus sociedades destrozadas por la guerra. En su trabajo con la gente en todos los continentes –como funcionario del Alto Comisionado para los Refugiados, como Coordinador de las Situaciones de Emergencia, como Representante Especial en Kosovo y Timor del Este, y (por demasiado breve tiempo) como Alto Comisionado para los Derechos Humanos-, en todos esos cargos impresionó a todos con su carisma, su energía, y su habilidad para lograr que las cosas se hicieran no a la fuerza, sino por medio de la diplomacia y la persuasión.

En Irak, donde pasó los últimos meses de su vida, había estado trabajando día y noche para ayudar al pueblo de ese país a retomar el control de su propio destino y a construir un futuro de paz, justicia y plena independencia. Es trágico que él ahora haya entregado su vida, junto a los que como él, habían sido servidores dedicados y muy queridos de las Naciones Unidas. Los que lo mataron cometieron un crimen, no solo en contra de las Naciones Unidas, sino también en contra de Irak.

Comparto el pesar de la familia de Sergio. Todos lo echaremos de menos de la manera más profunda, tanto como colega, como en su calidad de amigo. Hagamos todos el esfuerzo para ser dignos de él y para completar el trabajo que había comenzado, para que así su muerte no sea en vano.